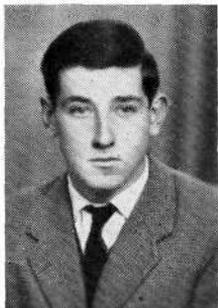
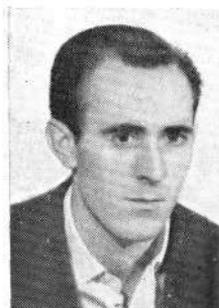




JAVIER ARDANAZ
Fallecido el día 2 de febrero
de 1964.



EMILIO CASTIELLA
Fallecido víctima del accidente
que sufrió el día 1 de marzo
de 1964.



ANGEL GANUZA
Fallecido el día 15 de agosto
de 1964.

ESTAMOS DE LUTO

POR ANGEL OLORON

Este año el montañismo navarro se halla perseguido por la desgracia, pues durante los pasados meses hemos perdido tres compañeros y amigos, todos ellos miembros del C. D. Navarra.

Estos tres montañeros fallecidos en accidente de montaña son: Javier Ardanaz, Emilio Castiella y Angel Ganuza (q. e. p. d.).

Comenzaron las desgracias el día 2 de febrero, un domingo que parecía primaveral, con mucha nieve reciente en las montañas. Javier Ardanaz, montañero muy tenaz, en compañía de su amigo Martínez de Azagra emprendió por la Canal Roya, en el sector pirenaico de Canfranc, una ascensión invernal al Anayet, pretendiendo vencer su cara Norte. Un alud de considerable envergadura sorprendió a ambos montañeros, sepultando al infortunado Javier. Su compañero pudo salvarse milagrosamente. La cantidad de nieve que cubría al malogrado Ardanaz impidió su rescate. Se realizaron seguidamente cuantos trabajos podían llevarse a cabo para recuperar su cuerpo, sin conseguir nada, debido al motivo indicado. Después, a primeros de mayo, el deshielo devolvió el cuerpo del montañero que tres meses antes había iniciado una ascensión más en aquel rincón del Pirineo, pero que una avalancha de traidora nieve había segado en flor su ilusión y la vida de una gran promesa montañera, pues Javier Ardanaz, muchacho todavía, tenía gran afición y sus conocimientos de montaña eran dignos de consideración. De esta forma se inició esta cadena de desgracias que ha llenado de duelo a nuestra familia montañera.

El mes de marzo se inició igualmente para nuestro montañismo de forma trágica. El domingo día uno, en uno de los muchos monolitos calizos de las Peñas de Echauri, precisamente en el «paraíso» de los escaladores de roca pamplónicas, donde se han forjado año tras año los trepadores, caía aquel mocetón noble y siempre optimista al que todos conocíamos. Era Emilio Castiella, otro mucha-

cho joven, gran escalador de roca, todo un atleta y entusiasta espeleólogo. Cuando alcanzaba ya la cúspide rocosa de una de sus peñas predilectas le falló de forma extraña un saliente de roca cimera y cayó herido de muerte. Con la pérdida de Emilio el montañismo perdía un valioso elemento y sobre todo los escaladores se quedaban sin el gran amigo de todos, aquel valor tan positivo que con sus admirables facultades, envidiable optimismo y otras virtudes que poseía, había llegado a ser la esencia moral de la juventud montañera. El morrosko había muerto también en accidente de montaña, donde para él todo era sencillo.

Y en pleno verano, cuando ya la nieve era escasa en el Pirineo, de nuevo este ha sido escenario de otra desgracia montañera.

En la tarde del 15 de agosto, sin tormenta ni niebla, cuando un grupo de montañeros de nuestro Club descendía normalmente de la Punta del Aguila, sobre el Ibón de Ip, en la zona de Canfranc, uno de los componentes de dicho grupo, el gran amigo Angel Ganuza, cayó de forma fatal perdiendo la vida casi instantáneamente. Este tercer accidente, fortuito y extraño, nos arrebató al compañero bueno, al hombre prudente, sencillo y abierto a todos, dispuesto en todo momento a ayudar a los demás, derrochando sus sobradas facultades y su inagotable voluntad para acudir donde fuere necesario. Angel Ganuza era así, con sus treinta años, su optimismo, con una afición sincera, todo un atleta de los montes, pero un traidor e inexplicable accidente paró en seco su vida noble y ejemplar.

Nuestro duelo es grande, ciertamente, pero debemos tener serenidad y resignación de cristianos. Hemos de confiar en que estos tres amigos que partieron ya hacia la última cima hayan logrado culminarla y desde allí nos han de proteger en lo sucesivo a los que aquí hemos quedado.

No podremos olvidarles, es cierto, pues eran compañeros de andanzas. hacíamos los viajes con ellos en los mismos autobuses y acudían habitualmente al domicilio social del Club. Con nuestro recuerdo, en su memoria, rezaremos por ellos. Es todo lo que podemos hacer ya.

Y pensemos igualmente en que se deben extremar las precauciones durante nuestras ascensiones, en previsión de toda clase de accidentes. La montaña a nosotros nos atrae, ciertamente, y nos hace vivir horas muy felices, inolvidables y quizá únicas, pero no debemos olvidar que a veces se muestra fuerte, poco amable, llegando incluso a ser cruel.

Hemos de tener muy presentes todos que aunque llevemos muchos años de andanzas es imposible conocer a fondo la montaña, tan digna de respeto como grandiosa.

Concluyo pidiendo una oración por estos tres montañeros navarros fallecidos este año y por los restantes compañeros que han perecido practicando el deporte de la montaña.